

Los comunistas argentinos en el mundo del trabajo, 1925–1943. Reflexiones historiográficas e hipótesis exploratorias *

Hernán Camarero **

En este artículo nos proponemos realizar un balance historiográfico y enunciar algunas hipótesis exploratorias acerca de la actuación del Partido Comunista de la Argentina en el mundo del trabajo entre 1925 y 1943. A pesar de constituir una experiencia militante decisiva en la historia política de la clase obrera, aún permanece insuficientemente estudiada. ¿Por qué creemos necesario alcanzar un mayor conocimiento sobre este fenómeno? Porque entendemos que el comunismo no sólo fue una parte consustancial del desarrollo político de los trabajadores argentinos durante las dos décadas anteriores a la emergencia del peronismo, sino que incluso coadyuvó a la propia constitución del movimiento obrero como sujeto colectivo. El PC experimentó durante esa etapa un proceso de crecimiento numérico y fortalecimiento organizacional, obtuvo una ascendente presencia en el escenario de las fuerzas políticas e incrementó su capacidad para la difusión de ideas (todo esto perceptible en el aumento de la cantidad de afiliados, militantes, simpatizantes, tiraje de sus órganos de prensa y publicaciones). Pero más importante aún es señalar que la militancia de este partido se había convertido, hacia inicios de la década de 1940, en la fuerza política de mayor expansión en el movimiento obrero, tendencialmente superior a las otras corrientes con las que venía dirimiendo la hegemonía en el ámbito gremial: el heterogéneo y disperso campo conformado por las fuerzas *sindicalistas*, y la que se referenciaba con el Partido Socialista.

* Ponencia presentada en las VIII Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Salta, 19–22 de setiembre de 2001.

** Historiador, docente e investigador en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

La expansión de los comunistas en el movimiento obrero comenzó a ocurrir en forma larvada desde 1925, cuando el partido se lanzó a una dinámica de incesante proletarización de sus filas, y se acrecentó cuando, desde fines de aquella década, la organización se colocó en una política de movilización activa de la clase obrera y se orientó a la conformación de una serie de *sindicatos rojos* industriales, agrupados en el Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC). Pero el proceso se tornó más claro aún a partir de 1935-1936. Esa fue la coyuntura en la que los militantes del PC estuvieron en la dirección de la huelga de los obreros de la construcción (una de las más largas y masivas ocurridas en el país hasta ese entonces), condujeron la creación de la federación nacional que agruparía a estos últimos (la FONC, convertida desde entonces en el segundo gremio del país en términos cuantitativos) y decidieron el ingreso de las organizaciones que controlaban a la Confederación General del Trabajo. A partir de allí, lograron un creciente protagonismo en las estructuras dirigenciales de la CGT (alcanzando la codirección de esa central, junto a los socialistas, entre 1939 y 1943), al tiempo que se transformaron en la corriente más destacada en el proceso de agremiación de los trabajadores industriales. Estos sectores asalariados, junto a los del área de servicio (que fueron organizados mayoritariamente en gremios de orientación socialista y *sindicalista*), venían multiplicándose desde los años anteriores, producto de la expansión industrial que experimentaba el país desde los años veinte y treinta. Los comunistas, venciendo muchas veces la oposición de la patronal y a el estado, ejercieron un liderazgo en este proceso, participando activamente en la fundación y dirección de los sindicatos únicos por rama industrial más importantes de la época, como los de la construcción, madereros, de la carne, metalúrgicos, textiles, petroleros, entre otros. Parecen ser los que enfrentan más decididamente el doble desafío planteado por las clases dominantes y el régimen conservador surgido en los años treinta: el de instaurar un proceso de acelerada acumulación industrial con escasa disposición a la redistribución social y un orden político de exclusión o limitada participación para las clases subalternas y las corrientes políticas opositoras.

Un balance historiográfico

¿Cuál es el estado actual del conocimiento sobre el tema? Un balance inicial nos indica la ausencia de un campo de estudio específico. Y la consecuencia de ello es que carecemos de una interpretación global sobre el fenómeno aludido, fundada en un relevamiento empírico completo. Existe, no obstante, una bibliografía relativamente extensa, constituida por unas sesenta obras, que ha efectuado aportes al tema, en la mayor parte de los casos en forma parcial e indirecta. Lo que sigue es un análisis crítico de esta producción escrita.

Comencemos con lo que podría denominarse como las historias "oficiales" del PC, es decir, las elaboradas por sus propios militantes o dirigentes. La expresión más importante de este tipo de escritos es el *Esbozo de historia del Partido Co-*

munista de la Argentina, redactado en 1947 por una comisión del Comité Central de esa organización, en donde se examina la evolución del partido desde el momento de su fundación.¹ Este texto fue continuado con otros aportes más recientes sobre la historia del partido, que llegan a abarcar nuestro período, como los encarados, entre otros, por Oscar Arévalo y Athos Fava.² Señalemos las principales características de este tipo de literatura.³ Son escritos encargados o redactados por las sucesivas direcciones del partido o por personas muy ligadas a ellas. En general, poseen un carácter propagandístico, muy escaso sentido crítico y un estilo pedagógico en su exposición que desalienta todo carácter reflexivo en el tratamiento de los temas. Siguen un formato tradicional, de historia interna del partido, especialmente, de su dirección. Se orientan a justificar las políticas adoptadas en cada período histórico, siguiendo sus sucesivos congresos y conferencias. Tienen un carácter “proyectivo”, es decir, buscan instituir una tradición, inscribiendo la historia del partido en un linaje; establecen líneas de continuidad más allá de las coyunturas y justifican para cada momento histórico la adopción de ciertas tácticas, destacando los méritos del partido y de su dirección ante una política que se mostraría “correcta”, mientras, por otra parte, intentan justificar conflictos internos, purgas o deserciones responsabilizando a antiguos dirigentes de las “líneas incorrectas” o las “desviaciones”.⁴ Una mención especial merece la historia del movimiento sindical escrita por Rubens Iscaro, veterano dirigente comunista de los obreros de la construcción.⁵ Su importancia reside en ser la primera obra que abordó en forma sistemática la presencia del PC en el ámbito gremial en

-
1. Partido Comunista (Comisión del Comité Central), *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1947.
 2. Oscar Arévalo, *El Partido Comunista*, Buenos Aires, CEAL, 1983. Idem: “Historia del Partido Comunista”, en *Todo es Historia*, año XXI, n° 250, abril de 1988, pp. 6–35. Athos Fava, *Qué es el Partido Comunista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983. Rina Bertaccini, Paulino González Alberdi, Julio Laborde, María Litter y Eugenio Moreno, *El nacimiento del PC. Ensayo sobre la fundación y los primeros pasos del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1988.
 3. Un balance respecto a estos y a otros escritos referidos a la historia del PC argentino en: Jorge Cernadas, Roberto Pittaluga y Horacio Tarcus, “Para una historia de la izquierda en la Argentina”, en *El Rodaballo*, Año 3, n° 6/7, otoño–invierno 1997, pp. 28–37, “La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina. Un estado de la cuestión”, en *El Rodaballo*, año 4, n° 8, otoño–invierno 1998, pp. 30–39. Daniel Campione, “Los comunistas argentinos. Bases para la re–construcción de su historia”, en *Periferias. Revista de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, año I, n° 1, segundo semestre 1996, pp. 103–115.
 4. J. Cernadas, R. Pittaluga y H. Tarcus, *op. cit.*
 5. Rubens Iscaro, *Historia del movimiento sindical*, Buenos Aires, Fundamentos, 1973, tomo II. Su versión anterior es *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Anteo, Buenos Aires, 1958.

tre las décadas de 1920 y 1940. Está dotada de buena base empírica, pero tiene el defecto de magnificar y apologizar el papel de los comunistas en el movimiento sindical de la época. Además, se justifican posiciones de su corriente política con argumentos forzados y se cometen omisiones importantes sobre el accionar o las posturas del partido. No obstante, tanto este texto como el *Esbozo*, son de enorme importancia para iniciar cualquier estudio sobre cuestiones referentes a la historia del comunismo argentino, por el cúmulo de información y documentación que proveen; además, acabaron transformándose en puntos de referencia para todos los textos que aluden a esta corriente política. Pero lo cierto es que, por todas las limitaciones antes planteadas, no es posible comprender cabalmente a partir de estas obras la experiencia de la militancia comunista en el mundo del trabajo en los años que aquí nos interesan.

Un aporte más valioso en este último sentido, en cambio, han sido los testimonios y memorias escritos por o sobre los militantes obreros del PC que, a pesar de mantenerse en la tónica propagandística y autoproclamatoria, entregan sugerentes descripciones sobre la manera en que se procesó la experiencia comunista entre los trabajadores, y permiten descubrir cuál era la mirada que aquellos actores tenían sobre el proceso que estaban protagonizando. Todos estos escritos abordan el período en cuestión, y se refieren a actuaciones en gremios claves como el metalúrgico, el de la carne, el de la construcción, el petrolero, el del calzado, el ferroviario, entre otros. En esta lista incluimos tanto las biografías y autobiografías de activistas obreros como las historias de sindicatos escritas por algunos de sus dirigentes comunistas más importantes.⁶

Irreflexiva y autojustificatoria, como suele ocurrir con la historiografía partidista, todos los textos publicados por el PC acerca de su propia historia están re-

6. En orden de aparición: Rubens Iscaro, *Breve historia de la lucha, organización y unidad de los trabajadores de la construcción*, Buenos Aires, s/e, 1940. José Peter, *Historia y luchas de los obreros de la carne*, Anteo, Colección Movimiento Obrero, Buenos Aires, 1947, *Crónicas proletarias*, Esfera, Buenos Aires, 1968. Jesús Manzanelli, *La vida de un dirigente obrero y comunista cordobés*, Centro de Estudios, Buenos Aires, 1971. Rufino Gómez, *La gran huelga petrolera de Comodoro Rivadavia (1931-1932) en el recuerdo del militante obrero y comunista Rufino Gómez*, Ediciones Centro de Estudios, Colección Testimonios, Buenos Aires, 1973. Jorge Correa, *Carlos Ons, un dirigente metalúrgico clasista*, Anteo, Colección Testimonios n° 3, Buenos Aires, 1975. Pedro Chiarante, *Pedro Chiarante, ejemplo de dirigente obrero clasista. Memorias*, Fundamentos, Buenos Aires, 1976. Miguel Contreras, *Memorias, Testimonios*, Buenos Aires, 1978. Luis de Salvo, *Luis de Salvo, ejemplar dirigente obrero. Testimonios de un militante ferroviario y del movimiento de jubilados*, Anteo, Colección Testimonios, Buenos Aires, 1984. Arturo M. Lozza, *Tiempo de huelgas. Los apasionantes relatos del campesino y ferroviario Florindo Moretti sobre aquellas épocas de fundaciones, luchas y serenatas*, Anteo, Buenos Aires, 1985. Domingo Varone, *La memoria obrera. Testimonios de un militante*, Cartago, Buenos Aires, 1989. Fanny Edelman, *Banderas. Pasiones. Camaradas*, Dirlpe, Buenos Aires, 1996.

corridos por la misma certeza: que el comunismo fue una experiencia decisiva para la clase trabajadora argentina en el período preperonista. La tosquedad de la mayor parte de esta "literatura oficial", las vicisitudes del partido posteriores a la irrupción del peronismo y el peso adquirido por las interpretaciones historiográficas nacional-populistas concluyeron por desacreditar aquella convicción. Y, sin embargo, ésta puede ser retomada, sencillamente porque creemos que responde más a la realidad histórica que al terreno de la ilusión o de la pura propaganda. Claro está, es una afirmación que debe recuperarse sólo en la verdad general que enuncia, cuestionando gran parte de las argumentaciones que intentaron explicarla o justificarla. Es decir, es posible reconocer la utilidad del diagnóstico establecido en la visión comunista oficial, al mismo tiempo que plantear la necesidad de construir nuevas hipótesis que permitan comprenderlo más cabalmente.

Ahora bien, debemos señalar que, como reacción a la literatura comunista "oficial" antes comentada, se escribieron las "contra-historias oficiales". Éstas fueron concebidas como un contrapunto de aquella. Si las historias oficiales buscaban mostrar el carácter siempre correcto de la línea que terminaba abriéndose paso en la dirección del partido, estas otras quisieron exponer su "descolocación" permanente, atribuyéndoles un "vicio" de origen o una "desviación" irreversible en determinado momento de su historia. Algunas fueron escritas por ex-militantes que buscaban saldar cuentas con su partido de origen, procurando vaciarlo de legitimación para relegitimar una nueva opción política, otras fueron redactadas por militantes de otras corrientes políticas enfrentadas al PC. Es decir, también fueron textos escritos como instrumentos de un combate político. Si en las anteriores obras la comprensión queda lesionada por una visión apologética, aquí lo es por una visión impugnadora.⁷

Los textos inscriptos en este espacio, sin tener como centro de preocupación exclusiva el tema que nos convoca, presentaron una imagen diferente del lugar de los comunistas en el mundo del trabajo en el preperonismo. Los libros paradigmáticos de esta visión fueron, sin duda, los escritos por Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui y Jorge Abelardo Ramos hacia fines de los años cincuenta y principios de los sesenta.⁸ Apelando a argumentaciones político-ideológicas de rai-gambre "nacionalista de izquierda" o de "izquierda nacional", estos tres autores señalan que el PC transcurrió históricamente en la intrascendencia social, dando por

7. Véase, J. Cernadas, R. Pittaluga y H. Tarcus, *op. cit.*

8. Rodolfo Puiggrós, *Las izquierdas y el problema nacional*, Buenos Aires, Cepe, 1973, *El peronismo: sus causas*, Cepe, Buenos Aires, 1974. Ambas obras son las versiones ampliadas de lo que inicialmente había sido publicado en 1956 en un sólo libro bajo el título de *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*. Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1973 (1ª ed.: 1960). Jorge Abelardo Ramos, *El partido comunista en la política argentina*, Coyoacán, Buenos Aires, 1962. (reeditado como *Historia del stalinismo en la Argentina*, Mar Dulce, Buenos Aires, 1969).

sentado que su presencia en el movimiento obrero en la década de 1930 fue insignificante. En esta visión, esto se habría debido a la impronta “antinacional” y “extranjerizante” de la dirección, de la militancia y del programa del PC, un partido que habría comprendido y representado mejor al inmigrante y al pequeño burgués que a la joven camada de trabajadores nativos, provenientes de las migraciones internas que iban del campo a la ciudad. Al mismo tiempo, se adjudicó a las estrategias partidarias la causa final de que los comunistas hubieran perdido o desperdiciado el escaso espacio que poseían entre los trabajadores: primero, con la línea ultraizquierdista de *clase contra clase* y, luego de 1935 (pero especialmente de 1941), con la aplicación de la política del *frente popular*. Analicemos ambos puntos.

Los comunistas argentinos arribaron a la política de *clase contra clase* desde que el VIº Congreso de la Comintern en 1928 abandonó la línea del *frente único* (es decir, la posibilidad de que los comunistas estableciesen acuerdos con otras fuerzas obreras o de izquierda para objetivos definidos) y proclamó el inicio del *tercer período* en la estrategia del comunismo internacional. Con esta orientación los comunistas argentinos impulsaron la lucha y la organización obreras, acompañadas por una denuncia implacable no sólo del capitalismo y de los regímenes políticos imperantes (gobierno de Yrigoyen, dictadura uriburista y gobierno de Justo) sino también de todas las fuerzas políticas, sean “burguesas” (conservadurismo, radicalismo) o “reformistas” (socialismo, *sindicalismo*), quienes eran juzgadas como “agentes” o “cómplices” del fascismo. Esta política “sectaria” (en la que sólo se reconocía la existencia de dos campos excluyentes y antagónicos: *fascismo versus comunismo*) tuvo consecuencias muy nocivas para el movimiento obrero y para la propia supervivencia de los comunistas en diversas regiones del mundo (recuérdese el triunfo de Hitler en 1933 como consecuencia de la oposición del Partido Comunista alemán a realizar acuerdos mínimos con los socialistas, quienes fueron caracterizados como “socialfascistas”). En la Argentina esta estrategia condujo al PC a caracterizar al gobierno de Yrigoyen como impulsor de políticas reaccionarias o tendientes al fascismo, a negarse a unir sus fuerzas gremiales a la CGT y a los organismos comandados por socialistas y *sindicalistas*, y a la creación de *sindicatos rojos* (es decir, esencialmente comunistas). La orientación frentepopulista, que se institucionalizó a partir de la IIIª Conferencia Nacional partidaria, de octubre de 1935 (en donde se adecua la línea a las caracterizaciones y resoluciones del VIIº Congreso de la Comintern), puso fin definitivo a la línea sectaria, propia del *tercer período*. Durante toda la década anterior al triunfo electoral del peronismo (salvo el período *neutralista* entre 1939–1941, cuando se adaptó a la existencia del pacto germano-soviético) la estrategia del partido fue la búsqueda de aliados entre los sectores “reformistas” del movimiento obrero y de la propia “burguesía progresista”, en función de construir una alianza político-electoral para encarar una serie de objetivos de carácter democrático progresista, antiimperialista, antioligárquico, pero fundamentalmente, antifascista.

Ahora bien, según la interpretación “nacional-populista”, con la estrategia del *tercer período* el PC habría caído en el total aislamiento, en la insignificancia so-

cial y en posiciones que terminaban sirviendo a los peores enemigos de los trabajadores. Pero más grave aún habrían sido las consecuencias de la adopción de la línea del *frente popular*. Todos estos autores coinciden en que el PC habría impuesto al movimiento obrero una táctica de "tregua laboral", en función del acuerdo con la "burguesía progresista" y "pro-aliada" propugnado en la orientación frentepopulista, que se cristalizaría con la conformación de la Unión Democrática a fines de 1945. Esta "traición" a los trabajadores habría provocado que éstos le dieran la espalda en los escasos ámbitos laborales en los que el comunismo había penetrado en los años anteriores. Y habría sido este "vacío de representación" en el movimiento obrero el que sería llenado por el peronismo. Por aquellos mismos años, junto a estos textos "liminales", se fue desplegando una bibliografía, en su mayor parte de carácter ensayístico pero de la cual se sirvió no poca producción académica, que en sus ocasionales señalamientos sobre el tema continuó por la misma senda, siempre tendiendo a minusvalorar o prácticamente ignorar la fuerte presencia comunista en el movimiento obrero hasta 1943, y explicando esta situación a partir de las decisiones estratégicas encaradas por ese partido.⁹ De hecho, se fue desarrollando una visión global que operó como conformadora de un "sentido común" muy distinto al contenido en nuestro planteamiento.

Paradójicamente, esta interpretación afín al peronismo llegaba, desde distintos caminos y preocupaciones, a un balance parecido al que por la misma época presentaba la reflexión sociológica encarnada en la obra de Gino Germani, carente de toda empatía con el fenómeno peronista. Recordemos que el investigador italiano nos presenta un corte abrupto entre una "vieja" y una "nueva" clase obrera en la Argentina, que se habría producido desde los años treinta, a partir de la profundización del proceso de industrialización por sustitución de importaciones.¹⁰ La "vieja" clase obrera aparecía, a los ojos de Germani, como "naturalmente" inclinada a ideologías "de clase": mayoritariamente descendiente de una inmigración extranjera, portaba un carácter autónomo, poseía una extensa experiencia político-sindical, y contaba con una larga relación con el mundo urbano y la producción industrial. Los "nuevos" trabajadores, provenientes de una migración interna desde las provincias más pobres del país que se mostraba atraída por aquella rápida industrialización, en cambio, aparecía portando valores de heteronomía, anomia,

9. Entre muchos otros, Alberto Belloni, *Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1960. Angel Perelman, *Como hicimos el 17 de octubre*, Buenos Aires, Coyoacan, 1961. Juan José Real, *Treinta años de historia argentina. Acción política y experiencia histórica*, Buenos Aires, Actualidad, 1962.

10. Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1974, 5ª edición modificada (1ª ed.: 1962), "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos", en Manuel Mora y Araujo e Ignacio Llorente (comps.), *El voto peronista. Ensayos de sociología electoral argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 87-163.

asumiéndose como “pobres” antes que como “clase”, y se mostraban carentes de experiencia en el mundo industrial, urbano y sindical. Por estas razones, Germani encontraba que estos nuevos y mayoritarios contingentes laborales habrían sido esquivos a los partidos de clase, como el PC y el PS, y se habrían convertido en “masa en disponibilidad” para el ejercicio de proyectos autoritarios y demagógicos como el que practicaría Perón desde su llegada al gobierno militar surgido en 1943. Pero lo importante aquí es destacar que esta disociación entre “nueva” clase obrera y “viejos” partidos de clase (como el PC) era entendida como un proceso que se habría ido arrastrando desde la conformación misma del joven proletariado industrial, conformado a partir del proceso sustitutivo de importaciones. De este modo, también se llegaba a la conclusión de que partidos como el comunista se habrían mostrado impotentes para organizar o representar a los componentes que se tornaban mayoritarios en el mundo del trabajo.

El corolario de las visiones “nacional-populista” y de la sociología científica, que entre ellas ni siquiera llegaron a sostener un diálogo ni dejaron de situarse en terrenos teóricos e ideológicos disímiles, sin embargo, fue el mismo: Perón habría operado sobre un “vacío de representación” existente en la clase obrera y actuado sobre una “masa en disponibilidad” (representada por el “nuevo” proletariado). Es decir, en ambas interpretaciones se ignora o desatiende el avance que los comunistas habían logrado en el mundo del trabajo entre 1925 y 1943. Pero lo que muestra el éxito de la implantación del PC entre el proletariado industrial de los años treinta, conformado en un porcentaje importante por trabajadores “nuevos”, en la mayor parte de los casos de origen nativo, recién ingresados al espacio de la producción industrial y de la vida urbana, es la debilidad argumentativa de ambas interpretaciones convergentes.

Sin duda, la abrupta diferenciación entre “vieja” y “nueva” clase obrera ya ha sido motivo de una importante discusión histórica y sociológica. Varios investigadores fueron erosionando los contornos de la supuesta antinomia absoluta entre estos dos sectores del proletariado argentino de los años treinta. En una serie de estudios ya clásicos de Miguel Murmis–Juan Carlos Portantiero, Hugo del Campo y Juan Carlos Torre, se señaló la existencia de fuertes interrelaciones entre esos dos sectores que el sociólogo italiano antagonizaba con tanto énfasis.¹¹ Sin negar

11. Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, tomo I, Siglo XXI, Buenos Aires, 1972. Hugo del Campo, *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, CLACSO, 1983. Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”, en *Desarrollo Económico*, vol. 28, n° 112, Buenos Aires, febrero-marzo 1989. También en el artículo de Tulio Halperín Donghi, “Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos” en M. Mora y Araujo e I. Llorente (comps.), *op. cit.*, pp. 219–250) se hace un interesante cuestionamiento a los planteos de Germani en torno al tema.

el fuerte respaldo que el emergente populismo concitó entre los nuevos componentes del proletariado fabril surgido en los años veinte y treinta, lo que terminaron demostrando estos autores es que importantes expresiones de la "vieja" clase obrera también fueron parte decisiva en la conformación del peronismo, como lo demuestra la conformación del Partido Laborista, principal apoyatura electoral del coronel Perón en 1946. Pero más importante aún para nuestro tema es señalar que lo que estos investigadores comenzaron a instalar en el terreno académico fue la convicción de que el comunismo constituyó una experiencia relevante en la historia de la clase trabajadora preperonista. Es decir, contradiciendo las visiones concordantes de la literatura nacional-populista y de la sociología de la modernización germaniana, dieron importantes pasos en la demostración de que, antes del peronismo, sectores del "nuevo" proletariado ya habían sido interpelados por militantes partidarios "de clase" y adherir a propuestas organizativas y políticas de organizaciones como el PC o vinculadas a éste, o sea, tradicionalmente referenciadas como de la "vieja" clase obrera. En este "redescubrimiento" que se operaba en los ámbitos académicos respecto al papel que los comunistas habían desempeñado en el movimiento obrero en los años treinta, hubo un antecedente valioso: la investigación inconclusa de Celia Durruty.¹² Hasta 1967, la autora desarrolló un estudio pionero sobre la creación de la Federación Obrera Nacional de la Construcción y el papel que los militantes del PC jugaron en ella. Salvo las referencias que hasta ese entonces había realizado Iscaro en sus escritos, no existía ningún análisis específico sobre el tema. No obstante, puntualicemos que la preocupación central de esta producción académica está en otro lado: en rastrear las razones que explican por qué el vigoroso movimiento sindical moderno y de pretensiones autonomistas que se había ido constituyendo entre las décadas de 1920 y 1940, en las que los comunistas habían ocupado un papel importante, derivó hacia un sendero imprevisto, que llevó a la constitución de un partido propio en 1945 (el Laborismo) y a la edificación de una alianza con el sector militar encabezado por Perón. Lo que quedaba aún sin explicar, entre otras cosas de la experiencia comunista, era por qué el PC había sido fagocitado en este proceso de emergencia del populismo, es decir, por qué no había logrado mantener el enorme espacio ganado en el movimiento obrero desde hacía una década y media atrás.

El camino estaba abierto, pues, para encarar una exploración general de la presencia comunista en el mundo del trabajo entre los años veinte y cuarenta. Esto requería abordar un estudio específico, en donde se realizaran varias tareas: el análisis crítico del conocimiento existente; el trabajo de campo, en donde se relevaran las fuentes primarias necesarias para encarar la investigación; y, junto con esto, la elaboración de hipótesis que intentaran superar las limitaciones de las miradas existentes. Esta indagación global aún no ha sido realizada. Hay que destacar, sin embargo, que en los últimos quince o veinte años se han venido efectuando algunos valiosos avances parciales en la materia. Se trata de libros y artículos

12. Celia Durruty, *Clase obrera y peronismo*, Pasado y Presente, Buenos Aires, 1969.

referidos al movimiento obrero organizado durante el período en cuestión, en los que se hace referencia a la inserción comunista y se analiza, en algunos casos, la política que esta corriente adoptó en ese medio. Estos escritos no sólo pertenecen a investigadores nacionales, como Edgardo Bilsky, Isidoro Cheresky, Mario Rapoport y Julio Godio,¹³ sino también a una serie de historiadores extranjeros, como Hiroschi Matsushita, David Tamarin y Joel Horowitz.¹⁴ Lo que se ha realizado eficientemente en estos trabajos es la descripción y análisis de las tácticas políticas generales que el PC desplegó en las instancias directivas del sindicalismo y de sus disputas con las otras corrientes, concentrándose en las que se originaban por cuestiones de política internacional. Pero ninguno de estos sólidos trabajos académicos le dedicó un estudio a los gremios organizados y/o dirigidos por los comunistas, ni a la forma o a los instrumentos con los que éstos se insertaron en el mundo laboral, ni al carácter que asumió la militancia de ese partido hasta la aparición del peronismo.

En el transcurso de la última década, a partir de otra serie de estudios, como los encarados por Torcuato S. Di Tella, Roberto Elisalde, Nicolás Iñigo Carrera y Mirta Z. Lobato, se ha venido progresando en este último sentido, a pesar de que estos textos no tienen como objetivo puntual la reconstrucción de la experiencia comunista en la clase obrera, sino indagar en acontecimientos en los que esta corriente tuvo un papel decisivo, como la organización del gremio textil, las huelgas de la construcción y general de 1936, el paro metalúrgico de 1942 y los conflictos de los trabajadores de la carne de Berisso entre 1930 y 1943.¹⁵ Lamentablemente,

-
13. Edgardo J. Bilsky, *Esbozo de historia del movimiento obrero argentino: desde sus orígenes hasta el advenimiento del peronismo*, Buenos Aires, Biblos, Cuadernos Simón Rodríguez, s/f. Isidoro Cheresky: "Sindicatos y fuerzas políticas en la Argentina preperonista (1930-1943)", en Pablo González Casanova (coord.), *Historia del movimiento obrero en América latina*, vol. 4. México, Siglo XXI, 1984, pp. 147-199. Mario Rapoport, *Los partidos de izquierda, el movimiento obrero y la política internacional (1930-1946)*, Buenos Aires, CEAL, 1988. Julio Godio, *El movimiento obrero argentino (1930-1943). Socialismo, comunismo y nacionalismo obrero*, Buenos Aires, Legasa, 1989.
 14. Hiroschi Matsushita, *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986. David Tamarin, *The Argentine Labor Movement, 1930-1945. A study in the origins of peronism*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1985. Joel Horowitz, *Argentine unions, the State & the rise of Peron, 1930-1945*, Berkeley, University of California, 1990, "El impacto de las tradiciones sindicales anteriores a 1943 en el peronismo", en Juan Carlos Torre (comp.), *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1988, pp. 99-118, "Ideologías sindicales y políticas estatales en la Argentina, 1930-1943", en *Desarrollo Económico*, n° 94, julio-septiembre 1984.
 15. Torcuato S. Di Tella, "La Unión Obrera Textil, 1930-1945", en T.S. Di Tella (comp.), *Sindicatos como los de antes...* Buenos Aires, Biblos, 1993, pp. 169-214. Roberto Elisalde,

los libros y trabajos monográficos acerca del comunismo argentino, elaborados en los últimos quince años fuera del marco partidario,¹⁶ se han ocupado de reconstruir las distintas estrategias y tácticas globales adoptadas por el PC hasta la aparición del peronismo, y su impacto en la política nacional, pero eludiendo casi por completo un tratamiento de la vinculación entre ese partido y el mundo del trabajo.

Elegimos dejar para el final de nuestro itinerario historiográfico el aporte más puntual sobre el tema, un artículo del intelectual socialista José Aricó, precisamente titulado "Los comunistas y el movimiento obrero".¹⁷ A pesar de su brevedad y de su carácter proyectivo, en el que sólo se alcanza a enunciar la relevancia del problema, y a diseñar escuetamente algunos supuestos exploratorios, el texto amerita un balance pormenorizado. El enunciado que justifica su título y sintetiza su preocupación central puede dar cuenta de la importancia que reviste este artículo para nuestra investigación: "Los comunistas lograron en los años de la crisis [de 1930] una presencia significativa en el movimiento obrero. Por primera vez estuvieron colocados frente a la posibilidad de resolver su congénita separación con el mundo de los trabajadores ¿Cuáles fueron las razones por las que un encuentro posible desembocó en una salida imprevista?". Aricó construyó algunas hipótesis que permitiesen entender tanto la creciente inserción del comunismo en el movimiento obrero como su posterior erosión, a partir de la aparición del peronismo. En esta argumentación adquirieron un papel central las orientaciones generales que había seguido el PC argentino. Para explicar el fenómeno de expansión comunista, el autor alertó sobre la importancia de la adopción de la línea partidaria de *clase contra clase*. Para Aricó, esta concepción "sectaria" y "ultraizquierdista" implicó una proletarianización del PC argentino, en tanto el partido quedó encerrado en una táctica aislacionista y hostil a todas las corrientes políticas, que lo llevó a una

"Sindicatos en la etapa pre-peronista. De la huelga metalúrgica de 1942 a la creación de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM)", en *Realidad Económica* n° 135, octubre-noviembre de 1995, pp. 76-102. Nicolás Iñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Buenos Aires, La Rosa Blindada-PIMSA, 2000. Mirta Zaida Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Prometeo libros/Entrepasados, 2001.

16. Emilio Corbière, *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

Alberto J. Pla, "El Partido Comunista de Argentina (1918-1928) y la Internacional Comunista", en *Anuario. Universidad Nacional de Rosario*. Segunda Epoca, n° 12, 1986-1987, pp. 339-363. Daniel Lvovich y Marcelo Fonticelli, "Clase contra clase. Política e historia en el Partido Comunista argentino (1928-1935)", en *Desmemorias. Re-vista de historia*, Año 6, n° 23/24, julio-diciembre 1999, Buenos Aires, pp. 199-221.

17. José Aricó, "Los comunistas y el movimiento obrero", en *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*, n° 4, marzo de 1987, pp. 15-17. Inicialmente el texto había sido publicado como "Los comunistas en los años treinta", en *Controversia*, n° 2-3 (suplemento n° 1), México, diciembre 1979, pp. v-vii.

“conquista desesperada de las masas”. El autor nos recuerda que, en esos años, los comunistas se mostraron dispuestos a promover y organizar la resistencia de los trabajadores a la estrategia de acumulación industrial con escasa redistribución social que estaban encarando las clases dominantes y a las iniciativas represivas sostenidas por las administraciones de Uriburu y Justo. Esto permitiría comprender por qué los militantes del PC se convirtieron en unos de los principales afectados por las medidas represivas de estos dos últimos gobiernos, acumulando centenares de torturados, encarcelados y deportados, y soportando la actuación de la recién creada “Sección especial de represión del comunismo”. Venciendo muchas de estas dificultades, allí habría sido cuando comenzó, laboriosamente, el proceso de organización de gremios industriales por parte de los comunistas, que recogería mayormente sus frutos en la segunda mitad de los años treinta.

Aricó formuló también una hipótesis para el segundo de los problemas planteados, el de las razones estructurales y coyunturales que hicieron que la alternativa comunista para la clase trabajadora naufragase con el advenimiento del peronismo. Lo que hizo el autor fue explorar las características y el nivel de desarrollo que presentaban hasta ese momento los comunistas en el movimiento obrero. De allí emergió una sugerente explicación: lo que aquellos habrían alcanzado hacia fines de los años treinta y principios de los cuarenta era sólo una influencia sindical de masas. Es decir, el PC se habría convertido en un instrumento idóneo para la constitución de un movimiento gremial sólido, con un apreciable nivel de extensión, celoso de su autonomía, pero no habría logrado transformarse en la dirección ideológico-política de los trabajadores y no habría podido aún convertirse en la verdadera identidad política mayoritaria de éstos, aunque hasta 1943 parecía la corriente en mejores condiciones de lograr tales objetivos. Los comunistas despertaban la adhesión o la simpatía de miles de trabajadores hacia su partido, pero este apoyo tendría un carácter parcial: la aprobación parecía ser a la forma en que los militantes del PC convocaban, dirigían y organizaban huelgas y sindicatos y cómo propugnaban la independencia del movimiento gremial; pero este respaldo no se extendía a todo el programa y a las estrategias políticas del partido. En síntesis, el comunismo no habría logrado una auténtica posición *hegemónica* en el mundo del trabajo.

¿Por qué los comunistas no lograron transponer la autoridad y el prestigio alcanzados en el plano sindical a un nivel político-ideológico, antes de que emergiera el peronismo? La hipótesis central con la que Aricó intentó responder a este interrogante remite a un análisis de la estrategia política global desarrollada por el PC desde la segunda mitad de la década de 1930, específicamente, la del *frente popular*, practicada por ese partido desde 1935. Con esta orientación, según Aricó, el PC terminó sacrificando su logro esencial: el haberse mostrado como una fuerza política apta para alcanzar, por un lado, el fortalecimiento organizativo del movimiento obrero, y por el otro, un nivel sostenido de autonomía para ese creciente sindicalismo moderno. Esto se debió a que el partido se habría ido alejando de su interés por la defensa de las reivindicaciones económico-sociales de los traba-

jadores y por la tradicional autonomía sindical en aras de las políticas de acuerdo con los partidos reformistas y burgueses progresistas. Esto alcanzó su máxima expresión a partir del golpe militar de 1943 y de la aparición del peronismo, cuando la conformación de la Unión Democrática se convirtió en la obsesión casi única del PC, que no se planteó ninguna otra caracterización con respecto a las resoluciones favorables a los trabajadores que impulsaba Perón, que no fuera la de definir las como una evidencia de la demagogia fascista del coronel, y no se dio ninguna otra política que no fuera la de llamar a combatir dichas medidas. La muestra más evidente de las amenazas que acechaban al PC en cuanto a mantener su espacio en el seno de los trabajadores desde que se impuso la estrategia frentepopulista es lo que habría ocurrido a partir de 1941, tras la entrada de la URSS en la guerra. Este hecho, desencadenado por la invasión nazi a territorio soviético, habría orientado al partido a intentar conducir al movimiento obrero hacia una perspectiva que congeniara con sectores de la burguesía potencialmente integrantes del bloque aliado antifascista. Allí se habrían demostrado los límites de la penetración comunista en el movimiento obrero, pues resultó evidente que el PC no logró convencer a la mayoría de los trabajadores de las ventajas de tal estrategia. Para Aricó, si el movimiento obrero abandonó sin mayores estridencias la orientación política global que le pretendía imponer el PC es porque este partido habría ejercido una influencia meramente sindical en ese ámbito. Puestas en juego las reivindicaciones económicas básicas y el principio de la autonomía, el movimiento obrero se habría despegado del actor político que parecía entonces no sólo no garantizarlas sino incluso amenazarlas, y se dirigió hacia otro sendero. El Laborismo y la alianza con Perón fue el camino elegido.

Lo curioso de esta interpretación de Aricó es que, a pesar de la distancia ideológica y de estilo que la separa de la construida por la visión nacional-populista de izquierda (Puigrós-Ramos), termina abrevando en las mismas aguas que esta última. Es decir, su explicación del fenómeno aludido remite a causas esencialmente endógenas, vinculadas a la estrategia política seguida por el comunismo. De todos modos, a pesar del carácter casi meramente enunciativo de los planteos de Aricó acerca de las causas del aumento y descenso de la influencia comunista en el mundo del trabajo entre los años treinta y cuarenta, es evidente que exigen una discusión específica sobre su validez y fertilidad explicativa. En el punto siguiente, donde desplegamos nuestras hipótesis, dejamos asentados los parámetros principales de esta tarea, postulando una visión distinta a la erigida por este autor.

Hipótesis exploratorias

Nuestras hipótesis se desenvuelven partiendo de una ratificación de la idea presente en una serie de investigaciones sociológicas e históricas desarrolladas en las tres últimas décadas: el “vacío de representación” o el estado de “masas en disponibilidad” en que habría quedado la clase obrera argentina en los años trein-

ta y primeros cuarenta, según un persistente “sentido común historiográfico”, no asumió ni el carácter ni la dimensión que históricamente le adjudicaron ciertas interpretaciones ensayísticas y académicas. Profundizando en esta dirección, nosotros postulamos que no es posible ignorar que los comunistas, junto a los socialistas y *sindicalistas*, habían logrado constituir un movimiento sindical que, si bien estaba aún lejos de abarcar a los porciones mayoritarias del proletariado, poseía una importante densidad organizativa y una creciente expansión numérica. Más aún, creemos que la presencia de los comunistas en el movimiento obrero no sólo fue relevante en las décadas del treinta y cuarenta, sino que la acción organizativa y reivindicativa de masas dentro del proletariado industrial desplegada por esta corriente, fue decisiva en aquellos años para coadyuvar a la constitución de un movimiento obrero con dos características nuevas: por un lado, con un creciente nivel de unificación –tanto en lo sindical como en lo político–; por el otro, con mayores pretensiones autonómicas e independientes frente al estado y a las distintas fuerzas sociales y políticas. Lo que crearon los comunistas, junto a ciertos activistas socialistas y *sindicalistas*, fueron nuevas estructuras gremiales, dotadas de una complejidad, magnitud y profesionalidad mayores que las existentes hasta ese momento y con estrategias que iban más allá de la mera “acción directa”. Ahora la movilización de masas serviría para fortalecer a sólidos gremios dispuestos a pugnar y a negociar con la patronal y con un estado que no dejaba de mostrar signos de una nueva vocación intervencionista.

Retomando algunas observaciones ya adelantadas por Aricó y otros investigadores, es posible conjeturar, asimismo, que los comunistas parecieron ser los más eficaces en las tareas que se trazó el movimiento obrero en la época: impulsar la movilización de los trabajadores detrás de reivindicaciones económico-sociales percibidas por ellos como imprescindibles (aumento de salarios, lucha contra los despidos, mejora en las condiciones laborales); organizar y unificar a estos trabajadores en nuevos sindicatos únicos por rama de actividad para potenciar su capacidad de lucha y negociación; procurar no interferir con la natural disposición de los trabajadores a sostener los principios de la autonomía sindical (frente a la patronal, al estado y también a los partidos); e incluso, desarrollar con audacia una estrategia de negociación y presión sobre los poderes Ejecutivo y Legislativo en vistas a la obtención de mejoras para sus gremios. Es por ello que postulamos la imposibilidad de analizar el surgimiento del sindicalismo industrial y moderno en la Argentina (que comenzó, es preciso recordarlo, más de una década antes de la aparición del peronismo, y que había logrado agrupar a cerca de la tercera parte de los obreros del sector) sin explorar las características que asumió la intervención del PC, es decir, el actor político que orientó mayoritariamente aquel proceso.

Es cierto que, tal como puntualiza Aricó, la implantación del comunismo en el movimiento obrero se vio favorecida a partir de fines de 1928, con la adopción de la política del *tercer período*, al colocar al partido en una política de febril “conquista de las masas”. Sin embargo, creemos que el proceso de inserción efectiva del PC argentino en la clase obrera empezó antes de lo estipulado por el autor. Intentaremos demostrar que ese fenómeno se inició en 1925, cuando el partido se

orientó en una perspectiva de "proletarización" de sus filas e impuso la estructura "celular" para el agrupamiento y la acción de sus militantes. El acento explicativo, pues, debe situarse en esta opción estratégica tomada por el PC, que definió tanto el ámbito social sobre el que el partido iba a volcar su actividad como la forma organizativa que ésta iba a presentar. Fue a partir de este último año, en forma gradual y sosteniendo las más diversas estrategias políticas (*frente único* hasta 1928, *tercer período* desde ese año y hasta 1935, *frente popular antifascista* entre 1935-1941, *neutralismo* hasta 1941 y, nuevamente, *frente popular* desde entonces) que los comunistas, sucesivamente, conformaron decenas de células obreras de empresas, montaron una densa red de publicaciones (de carácter fabril, sindical, barrial, femenino, sociocultural y juvenil) para llegar a los más recónditos ámbitos del mundo del trabajo, crearon agrupaciones gremiales afines al partido, actuaron en diversas asociaciones socio-culturales y de inmigrantes (en donde ganaron la adhesión de muchos trabajadores extranjeros), constituyeron inicialmente *sindicatos rojos* o *clasistas* (nucleados en el CUSC) y luego los principales gremios únicos por rama industrial (que reunieron cerca de 120.000 afiliados, casi un quinto del total de obreros industriales del país), dirigieron algunos de los conflictos obreros más agudos de las décadas de 1930 y 1940, y llegaron a la codirección de la CGT.

Por otra parte, sostenemos que la inserción del PC en el mundo del trabajo fue exitosa en los fines que se había trazado, y en su dinámica mostraba un constante avance. No es posible adjudicar el abrupto corte de este proceso, tal como señala el grueso de las interpretaciones a motivos puramente endógenos, es decir, debido exclusivamente a las consecuencias generadas por la estrategia y las tácticas seguidas por ese partido, específicamente a una supuesta práctica de "tregua laboral" que habrían seguido los comunistas desde 1941 (con la entrada de la URSS a la guerra y con el acuerdo con los aliados y la "burguesía progresista"). Por el contrario, en esos años, los gremios orientados por los comunistas fueron los que encabezaron las mayores huelgas y conflictos (en los gremios metalúrgico, de la construcción, de la madera y otros). Es decir, si el PC fue perdiendo sus posiciones en el movimiento obrero desde 1943-44 no fue por eventuales "errores" en la estrategia política de ese partido (que no nos interesa juzgar aquí) y/o por algún tipo de esencialismo "antinacional" o "antipopular" que habría definido a esa organización (como sostuvieron Puiggrós, Ramos y Hernández Arregui, entre otros), o por un cambio en la composición social de la clase obrera argentina a partir de los años treinta, que habría ido erosionando la influencia de los viejos partidos de clase (como se desprende de la visión de Germani). La verdad es que ninguna corriente política logró expandirse tanto y tan rápido entre el joven proletariado a partir del crecimiento industrial como el comunismo, en competencia con el socialismo, el *sindicalismo*, el anarquismo y una amplia y heterogénea corriente de gremialistas reformistas apolíticos.

Entonces, ¿cuáles son las razones que nos permitirían explicar el eclipse del comunismo en el movimiento obrero y la conversión mayoritaria de este último al

peronismo a partir de 1943? A nuestro entender, la clave residió en la fuerza con la que surgió el populismo en la Argentina, es decir, en el desacople entre el crecimiento rápido y exponencial de la alianza entre un sector del sindicalismo (no comunista o con escasos vínculos con esta corriente) y la elite militar-estatal encabezada por Perón, y el desarrollo más lento y gradual que venía experimentando el avance comunista en el mundo del trabajo. En definitiva, nuestra hipótesis es que antes de agotarse en su propia dinámica por contradicciones, limitaciones o equívocos estratégicos, es decir, antes que de "muerte natural", la influencia del comunismo en el movimiento obrero fue obturada, reprimida y finalmente extirpada por el peronismo emergente. Sin negar completamente el efecto que pudo haber ocasionado la aplicación de la orientación frentepopulista por parte de la dirección del Partido Comunista, en el sentido de supeditar las reivindicaciones obreras a la estrategia de acuerdo con la burguesía "aliada" y "democrática", entendemos que fue un factor exógeno, la vitalidad del proyecto populista, el que se convirtió en la causa principal del proceso que analizamos.

En la prédica del coronel Perón, desde los inicios mismos del golpe del 4 de junio, y especialmente desde que éste asumió la Secretaría de Trabajo y Previsión, se venía alertando a diversos voceros o expresiones del poder económico, social y político del peligro que representaba la gravitante presencia comunista en los ámbitos laborales y de la necesidad de erradicarla. Esta propaganda tuvo un rédito escaso: es probable que el empresariado encontrara una preocupación mayor en las concesiones laborales que el propio Perón estaba otorgando; al mismo tiempo, no es posible subestimar el hecho de que el comunismo argentino desde 1935, salvo durante una pequeña interrupción al inicio de la Segunda Guerra Mundial, sostuvo una política nacional enhebrada a partir del *frente popular*, proclive a un acuerdo con sectores de la "burguesía democrática". Incapaz de convencer a las clases dominantes de la utilidad de enfrentar esta amenaza como un asunto de primer orden, Perón se lanzó a una política propia, de enfrentamiento al comunismo en el campo obrero. La lucha, entonces, entre el emergente populismo y el comunismo fue despiadada.

El primero, a partir del conjunto de concesiones económico-sociales conseguidas a favor de los trabajadores (proceso permitido por la favorable coyuntura económica de la época), comenzó una estrategia de aplastamiento de los sectores sindicales ligados al segundo. Perón fue ganando ascendencia entre las filas obreras y enhebrando relaciones con diversas conducciones sindicales, con el fin de articular una nueva estructura gremial afín a sus posiciones. Varios dirigentes laborales, de las más diversas procedencias ideológicas fueron tentados por la convocatoria del coronel. Entre los dirigentes, cuadros medios y militantes del pc, en cambio, dicho ofrecimiento encontró un apoyo muy escaso. Allí donde el pc controlaba la organización gremial, Perón no dudó en apoyar o alentar la fundación de "sindicatos paralelos", con el objetivo de incrementar su base de apoyo en el movimiento obrero y provocar un vacío o una competencia a la presencia comunista. En tanto, el pc fue uno de los partidos que combatió más duramente al pe-

ronismo en el momento mismo de su surgimiento. Perón, su grupo y su estrategia fueron señalados como el enemigo principal. El partido conducido por Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla denunció al coronel como el continuador más perverso del régimen militar implantado en 1943 y, más grave aún, de las dictaduras totalitarias representativas del *Eje* que estaban siendo derrotadas con el fin de la conflagración mundial. La multiplicación de los sindicatos paralelos, la orientación de otros ya constituidos hacia un acuerdo con el coronel, la irrupción popular inesperada y semiespontánea del 17 de octubre, la creación del Partido Laborista por parte de la *vieja guardia sindical* dispuesta a realizar un acuerdo con Perón, y el triunfo de la candidatura presidencial de este último en febrero de 1946, son algunos de los hitos de un proceso que nos señala el éxito de la estrategia peronista en ganar la adhesión de los trabajadores y la derrota del PC en impedir este intento.

Si ponderamos en su real dimensión el desarrollo que venía experimentando el PC hasta el momento mismo de la aparición del peronismo, es posible establecer que la irrupción de este fenómeno político desde 1943-1944 y la adhesión mayoritaria que concitó entre los trabajadores (y, por ende, el declive de las tradiciones de izquierda) no se presentó ni como la única e inevitable alternativa histórica ni como la consecuencia "lógica" y "natural" de las transformaciones económicas, sociales y políticas que se venían produciendo desde la década de 1930. En todo caso, el peronismo fue la opción que se tornó más exitosa en aquellas circunstancias, y la que logró recoger los frutos definitivos de la emergencia de un sindicalismo industrial y moderno al que tanto habían contribuido a erigir precisamente los comunistas y otras corrientes de izquierda. Es posible conjeturar, incluso, en un ejercicio contrafactual —como lo hace Torre— si acaso, en una Argentina con un 17 de octubre frustrado, es decir, sin un triunfo del peronismo, no se hubiera asistido a una continuidad o incluso profundización de la presencia comunista en los medios obreros, entre otras razones, por el inevitable aumento cuantitativo de las clases trabajadoras, el acrecentamiento de los problemas provenientes del mundo del trabajo y el peso que tenían las ideologías y tradiciones de izquierda.¹⁸

Es indudable que el régimen populista barrió con ciertas prácticas e instrumentos que los comunistas habían establecido en el mundo del trabajo, fundamentalmente los que se referían a la lucha autonómica y a la definición formalmente clasista e internacionalista de las organizaciones gremiales. Y, sin embargo, la experiencia comunista en el movimiento obrero dejó huellas que incluso serían retomadas por el peronismo: fomentó las actividades de base a nivel de las empresas, preparando el camino para la generalización de las comisiones de delegados que se extenderían notablemente en la segunda mitad de los años cuarenta; estableció los cimientos de un sindicalismo moderno e industrial, que si no llegó a ser

18. Juan Carlos Torre, "La Argentina sin el peronismo. ¿Qué hubiera ocurrido si hubiese fracasado el 17 de octubre?", en Niall Ferguson (dir.), *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?*, Taurus, Madrid, 1999.

de masas como lo sería con Perón, pretendió serlo; detrás de sus constantes enfrentamientos con el estado, no debemos olvidar que los comunistas, a semejanza de la práctica que frecuentemente realizaban *sindicalistas* y socialistas, buscaron la intervención de aquél en las cuestiones referentes al mundo del trabajo y pretendieron conseguir leyes favorables en el Legislativo. Es decir, junto a los elementos de ruptura también hay que destacar los de continuidad, que existieron entre la experiencia comunista y la peronista, con respecto a su actuación en el mundo del trabajo. Es por eso que estamos convencidos de que un estudio sobre la actuación de los comunistas entre 1925 y 1943 aporta elementos apropiados, e incluso decisivos, para una mayor comprensión del significado de la emergencia del populismo en la Argentina y del campo de fuerzas políticas actuantes en esa coyuntura.

RESUMEN

Este artículo se refiere a la actuación del Partido Comunista en el mundo del trabajo preperonista, específicamente, entre 1925-1943. En esa etapa el PC experimentó un fortalecimiento numérico y organizativo, convirtiéndose en la fuerza política de mayor expansión en el movimiento obrero industrial. En el texto se efectúa un balance historiográfico completo acerca de la bibliografía que se ocupó del tema y se adelantan tres hipótesis a demostrar al cabo de una investigación en curso. Enunciadas brevemente, éstas sostienen que los comunistas: a) constituyeron una de las corrientes que enfrentó más decididamente el doble desafío planteado por las clases dominantes y el régimen conservador surgido en los años '30, el de instaurar una acelerada acumulación industrial con escasas pretensiones redistributivas y un orden político de limitada participación para clases subalternas y corrientes políticas opositoras; b) mostraron eficacia en las tareas trazadas por el movimiento obrero en la época: impulsar la movilización detrás de reivindicaciones económico-sociales mínimas (aumentos salariales, lucha contra despidos, mejoras en condiciones laborales); organizar y unificar a estos trabajadores en sindicatos únicos por rama de actividad para potenciar su capacidad confrontativa; procurar no interferir con la disposición obrera a sostener principios de autonomía sindical; y desarrollar audazmente una estrategia de presión/negociación sobre los poderes Ejecutivo y Legislativo en vistas a la obtención de conquistas; c) coadyuvaron decisivamente a la creación de nuevas y más sólidas estructuras sindicales, dotadas de mayor complejidad, magnitud y profesionalidad, y con estrategias que superaban la mera "acción directa", pues estaban dispuestas a pugnar y negociar con la patronal y un Estado de creciente vocación intervencionista. Se concluye así que, para analizar el surgimiento del sindicalismo industrial y moderno, iniciado más de una década antes del triunfo peronista, es preciso explorar la intervención comunista, es decir, la del actor político que orientó mayoritariamente aquel proceso, al tiempo que se alerta que un estudio sobre esta actuación aporta elementos claves para una mayor comprensión de la emergencia del populismo en la Argentina.

ABSTRACT

This article relates to the Communist Party in the pre-Peronist labor sphere, specifically in the 1925-1943 period. At this stage the CP gained strength in numbers and organization, becoming the fastest expanding political force within the industrial workers' movement. The text presents a full historiographical evaluation of the bibliography on the subject and three hypotheses are put forward, to be demonstrated when some ongoing research is completed. Briefly, these maintain that the communists: a) constituted one of the groups that most decisively confronted the double challenge from the dominant classes and the conservative regime during the '30's of establishing swift industrial accumulation with scant intention of redistribution and of a political order providing only limited participation for the under classes and opposition political groupings; b) proved effective in the tasks established by the workers' movement of the time: encouraging mobilization in support of minimum economic and social claims (wage increases, struggle against dismissal, improved working conditions); organizing and unifying these workers in single unions per trade to boost their capacity for confrontation; attempting not to interfere with workers' desires to maintain principles of union autonomy; and audaciously developing a strategy of pressure/negotiation with the Executive and Legislative powers with a view to obtaining rights; c) made a decisive contribution to the setting up of new, more robust union structures, more complex, larger and more professional, with strategies going beyond simple "direct action", since they were prepared to fight and negotiate with the management and a State with increasingly interventionist inclinations. The conclusion is thus drawn that to analyze the rise of modern industrial trade unionism, which started over a decade before the triumph of Peronism, it is necessary to examine communist intervention, i.e. the intervention by the political actor that exerted most influence on that process. It should also be pointed out that a study of this conduct provides key elements for a fuller understanding of the emergence of populism in Argentina.